

REFLEXIONES SOBRE UN CUADRO

La Exposicion de Pinturas de este año ha sido excepcional por el número i el valor de los cuadros expuestos, i nos ha dejado agradables recuerdos. La mayor parte de las escenas, antiguas i modernas, estuvieron representadas, si no por orijinales, al ménos por copias. Nuestro público quedó contento del magnífico espectáculo que ofrecia esa larga serie de salones tapizados de cuadros, i se repetia que ésta era la mejor exposicion que se habia visto en Santiago.

Sin embargo, algunos estudiantes de pintura, que buscábamos en la Exposicion nó el gran número de cuadros, sino una fuente de recursos para nuestro adelanto en el conocimiento del arte, nos paseábamos de salon en salon, hallando bien poco en que estudiar. Fuera de los antiguos maestros, solo encontramos entre los modernos a Ussi, Luminais, Valles, Lazerges, Vertunni, Pradilla i Beltrant que nos hablaron del arte en tono sério.

Yo, que en mis primeros años de estudio soñaba con la pintura religiosa, buscaba algo de este jénero que llenara mis exigencias, i solo encontré dos cuadritos de M. Hipólito Lazerges, *Jesus en el huerto* i *Las Santas Mujeres saliendo del sepulcro*. Sobre el primero, que en mi concepto es el mas completo, voi a manifestar mi opinion.

Todos pudimos contemplar ese cuadrito, pequeño en dimensiones, pero grande, mui grande por la idea que encierra. Su autor se ha inspirado en el Evanjelio, en una de sus mas bellas i sentidas pájinas, cuando comienza para el Salvador del mundo la gran expiacion por la humanidad.

Jesus acaba de celebrar la Pascua, i dirijiéndose al huerto de los olivos se ha separado de sus discípulos para orar. M. Lazerges ha meditado profundamente su cuadro i ha elegido con admirable tino el momento en que debia representar al Salvador. Para mí, es el único que puede tomarse de esa hora de turbacion para Jesucristo en que luchaba el espíritu con la carne en presencia del amargo cáliz de la Pasion. Porque ¿cómo pintar la oracion del Hombre-Dios? ¿Quién se siente capaz de interpretarles en esos momentos en que no quiso dejarse ver ni de los discípulos que habian subido con él al Tabor i habian visto los resplandores de su divinidad? Jesus quiso estar solo con su Eterno Padre, i por inspiracion divina nos refiere el Evanjelio la oracion que por tres veces repitieron sus divinos labios. Por eso creo que

ningún hombre con solos los recursos de la humana inteligencia puede darse cuenta de la actitud que tomaría Jesús ni de la expresión de su semblante durante la oración, para estamparlas en el lienzo. Veamos todos los cuadros que nos le representan en esa hora tan solemne, i ninguno corresponderá a la sencilla pero admirable narración que de ella nos hace el Evangelio.

Dejamos, pues, como primera cualidad del cuadro de M. Lazerger, la acertada elección del momento en un asunto tan delicado.

Jesús acaba de separarse de sus discípulos; parece que aun murmuran sus labios aquellas palabras que manifiestan que algo tiene nuestra pobre humanidad: "Mi alma está en una tristeza mortal: esperad aquí i velad conmigo." Toda la composición corresponde a estas palabras. El crepúsculo solar apenas ha dejado en el cielo un tinte anaranjado; la tierra, envuelta ya en las sombras de la noche, solo se dibuja en el horizonte, i todo lo demás, hasta las figuras de los apóstoles, que se ven lo necesario para precisar el momento, queda en misteriosa oscuridad. Los árboles sirven admirablemente, tanto para explicar el lugar, como para dar ese acento de profunda tristeza que conviene al asunto. La figura de Jesús, colocada en primer plano, concentra toda la atención del observador. Una luz convencional la ilumina; luz necesaria, atendida la hora en que tiene lugar la escena. Por otra parte, ¿a quién repugna ver a Jesús alumbrado por una claridad sobrenatural? Nada me parece mas conforme con la piedad cristiana que suponerle rodeado de los resplandores de su divinidad, aun en esa hora de angustias para su alma. En cuadros de otra naturaleza, una luz convencional como ésta, chocaría; pero aquí es estrictamente necesaria; de otro modo el cuadro no se concibe.

Jesús avanza con paso firme. ¡Qué majestuosa tranquilidad i qué mansedumbre! Al verle se recuerdan involuntariamente aquellas palabras que dijo de sí mismo: "*Aprended de mí, que soy manso i humilde de corazón.*"

Su mirada, aunque fija, no parece detenerse en un lugar, sino que recorre todas las generaciones para echar sobre sí todos los crímenes e ingratitudes de los hombres. Aun el azul de las pupilas da a la mirada algo de tan profundo i celestial, que es imposible no entregarse a la meditación i permanecer frio delante del cuadro. Toda la expresión de ese semblante sereno i majestuoso corresponde perfectamente a la idea que nos da el Evangelio del Hombre-Dios.

Lleva la mano derecha sobre el corazón, i esto me parece de una delicadeza exquisita de sentimiento. Nada mas natural ni mas conforme con la idea que el autor ha querido expresar. Bajo esa mano palpita un corazón a impulsos de un amor infinito. ¿Quién amó como Jesús? Allí se ajitan confundidos el amor al Padre, el amor a sí mismo i el amor a la humanidad. Es el momento en que, amándose a sí mismo, siente con toda su fuerza

los tormentos que va a sufrir i quiere apartar de sí tanta amargura: pero es tambien la hora en que, venciendo el amor a la humanidad, comienza el sacrificio.

Todo esto expresa el cuadro de Lazerges.

La túnica blanca i el manto azul que envuelven la figura, plegados con sencillez i elegancia i de un estilo severo, completan la composicion. No hai un solo pliegue de mas ni falta ninguno. El brazo que lleva envuelto se siente de tal manera, que podrian dibujarse sus contornos con seguridad. Las líneas del ropaje, casi todas verticales i paralelas, convienen al sentimiento estrictamente religioso conque está concebido el cuadro.

Pasando a la ejecucion, vemos que el dibujo es correcto, el color agradable, mui bien sentido con relacion al asunto i mui orijinal. La manera de pintar, si no es rápida i fácil, tampoco es mezquina, sino que parece que se ha pintado con delicadeza como para no dejar ver sino la composicion i el sentimiento. Por mi parte, confieso que este cuadro, ejecutado segun la escuela moderna española, me seria insoportable.

Siempre he creido que el pintor religioso, para serlo verdaderamente, necesita ser creyente fervoroso. I bien, M. Lazerges, para pintar a Jesucristo como lo ha pintado, ha necesitado creer en él i amarle como a su Dios. De otra manera, mui sabia habria podido ser su composicion, mui correcto el dibujo i armonioso el color; pero el cuadro no nos tocara al corazon. ¿Por qué? Porque el artista solo habria puesto en juego su intelijencia i no su propio corazon.

El cuadro de M. Lazerges impresiona a todo el que cree en Jesucristo: i de tal manera, que las bellezas o defectos de ejecucion pasan desapercibidos para aquellos que no han tenido el propósito de estudiarlos. La idea domina por completo, i el sentimiento religioso se despierta al contemplar esa pequeña tela. Porque llena así su objeto lo considero un gran cuadro.

No puedo concluir sin manifestar mi ardiente deseo de ver levantarse en Chile artistas que, como M. Lazerges, sientan la idea religiosa, i consagrándole todos sus esfuerzos, se inspiren en el Evangelio i nos den alguna vez cuadros como el en que me he ocupado.

ONOFRE JARPA.

